

El acompañamiento inicial de las vocaciones

LUIS MARÍA GARCÍA DOMÍNGUEZ*

Acompañamiento vocacional es toda ayuda ofrecida a quien siente una vocación para que la desarrolle: cauces de estudio y formación personal; la estancia por un tiempo conveniente en un seminario menor o en una comunidad religiosa; alguna vinculación a la misión, mediante campos de trabajo, períodos más largos de inserción o evangelización directa, o mediante experiencias misioneras en períodos prolongados. También los planes de formación proponen un itinerario formativo con articulación de las experiencias, contenidos que hay que asimilar y pedagogías para ello.

Pero sólo un recorrido personalmente seguido y evaluado por esos planes o experiencias puede facilitar la apropiación adecuada de una vocación incipiente. Por eso la formación vocacional reconoce una eficacia particular al acompañamiento espiritual personal (OFIR 30, 44, 52; VC 66; OT 8; PDV 40; FPM 85). El cual consiste en una serie de encuentros entre dos personas, en conversaciones frecuentes y cuidadas, en las que una de ellas ayuda a la otra, mediante el discernimiento, a encontrar la voluntad de Dios sobre ella tanto de un modo global para su existencia (su vocación) como en un modo más concreto aplicado a su vida². Fines de un acompañamiento vocacional son «acompañar, educar, formar y discernir» (IVT 32); o los de examinar y probar, así como iniciar de modo integral, ayudando así a expresar la vocación incipiente, preparando para la vida en el noviciado (OFIR 42s, 45).

* Jesuita, Maestro de novicios de la Provincia de Castilla. Estudios de Psicología para Formadores en la Gregoriana.

Es muy delicada la tarea de tratar profundamente con personas sin una identidad todavía bien formada, que se fían en gran medida del acompañante y que a veces esperan su palabra con la ansiedad y la ambivalencia del converso. Pero más riesgos para esos mismos chicos y chicas, y aun diríamos que para la Iglesia y la sociedad (IVT 12, 14) implica la posición contraria de inhibirse por un miedo racionalizado bajo forma de respeto. Muchos y muchas catequistas, monitores de actividades o voluntariados, guías de grupos cristianos, tutores escolares o educadores de la fe, disfrutan evangelizar mejor si no temieran tanto escuchar y preguntar a los jóvenes, ayudarles a revisar su vida, apuntarles con el dedo o testimoniar ante ellos su propia fe (IVT 34c). El tema clásico de las muchas «calidades del director espiritual» habría que posponerlo, y lanzarse a esta aventura de fuerte implicación personal que tanto puede apasionar al que la vive. Pero ¿cómo empujar?, ¿de qué hablar?

LA ENTREVISTA

En el inicio de todo acompañamiento vocacional tienen sin duda un lugar muy importante los **encuentros informales**³. El pastoralista ha de estar atento a una celebración donde percibe al candidato más afectado, a una intervención suya en el grupo, al comentario espontáneo sobre un resultado académico o un problema laboral o familiar, a una confianza. Al candidato se le acompaña también, por qué no, invitándolo a visitar la propia comunidad donde se vive o el lugar donde se trabaja apostólicamente, proponiéndole dar un paseo, hacer una excursión o un viaje juntos. En tales situaciones se suscitan ocasiones de encuentro y se hacen también observaciones útiles; en un inocente juego de mesa o en el deporte más común podemos percibir lo que no captamos en la más profunda y sustanciosa de las entrevistas.

Pero una nota característica del buen acompañamiento vocacional como conversación entre dos es la de ser un coloquio que acaba teniendo lugar en

un **entorno cuidado** y con un cierto carácter sistemático. Al joven que está planteándose su vocación hay que convocarlo a un encuentro verdaderamente personal, donde se pueda expresar libremente y sentir el respeto del otro. Facilitar esas condiciones suele requerir un cuidado explícito del contexto, mediante un tiempo reservado para la entrevista, un local que guarde la suficiente intimidad y donde no sean previsibles interrupciones innecesarias, ni miradas indiscretas que pueden restar libertad al que todavía trata de aclararse. Ordinariamente el establecimiento de un marco un tanto estructurado ayuda más al inicio de los encuentros que la apertura de una multiplicidad de posibilidades que el chico tenga que determinar. Por ejemplo, no es lo mismo terminar la conversación con un impreciso «a ver si nos vemos otro día», que concluiría con un acuerdo concreto de día y hora de próxima entrevista, ahorrándole la innecesaria ansiedad por ese asunto.

Aunque cierto tono de informalidad ayuda mucho con los jóvenes, no se nos oculta que este cuidado de elementos externos tienen que ver también con una entrevista **internamente estructurada** por el acompañante. Este considera los temas presentes y ausentes en el diálogo, los que se abordan y los que se callan, los que interesa profundizar y los que son menos relevantes; y, sobre todo, sigue un hilo conductor del proceso del acompañado que condiciona los pasos siguientes. Conjugamos una cierta espontaneidad externa de la entrevista, que enlaza con el deseo de libertad de los jóvenes; y una articulación interna, que se adelanta al peligro de subjetivismo a que son inclinados (cf. IVT 11b) y orienta al acompañante.

Con tal de mantener esa estructura interna y saber a dónde vamos con cada una de **las técnicas** empleadas en la entrevista, éstas pueden ser múltiples y aplicarse a la luz de la edad y del momento personal. Ciertamente, toda técnica puede tener sus presupuestos antropológicos, y aun teológicos; pero en el acompañamiento de jóvenes vocacionados podremos utilizar en principio aquellos recursos que más nos ayuden al fin de nuestro acompañamiento. Muchas técnicas de la entrevista tutorial, de la asesoría o entrevista psicológica podrán ser utilizadas con fruto para nuestros encuentros. Y,

conforme a eso, habrá que preguntar mucho; especialmente al inicio; habrá que escuchar también con paciencia y rostro impasible; otras veces habrá que reflejar lo escuchado; en ocasiones hay que manifestar aprobación o asentir; otras veces extrañarse y admirarse; también habrá que apoyar en los desánimos, sugerir en el desconcierto, contradecir las afirmaciones del candidato cuando la lógica utilizada no es la del evangelio, confrontar con la vida o palabras de Jesús, proponer nuevas alternativas. No dejaremos alguna vez de interpretar mensajes subliminales y desvelar significados ocultos. Probablemente habrá que manipular un poco y dejarse manipular más; un día habrá que forzar una decisión, y otros cien dejar total libertad al que sólo Dios puede mover vocacionalmente. Y será muy útil para *ambos* participantes en el acompañamiento un recurso ocasional: la frustración óptima del no dar todo lo que se desea; de desinflar un poco el globo del narcisismo; de premiar sólo parcialmente por lo ya realizado, recordando lo que aún queda de camino.

Es decir: la entrevista en estas fases es un instrumento privilegiado que el acompañante utiliza con gran flexibilidad, como el escriba avisado, sacando del arcón de su sabiduría recursos de unas y otras corrientes y escuelas; y ello con gran libertad, como proponía hace siglos un buen director de almas: «en todas las conversaciones... tengamos con otros la misma orden que el enemigo [demonio] tiene con una buena ánima: [el] todo para el mal, nosotros todo para el bien; es a saber, el enemigo entra con el otro y sale consigo...»⁴.

LOS MÚLTIPLES TEMAS DE CONVERSACION

Decimos que el acompañante estructura internamente la entrevista organizando los diversos temas que le interesa tratar. Posiblemente el acompañante no percibe esa selección de temas, ya que ordinariamente no se le ofrece un guión de asuntos que deba seguir. Por eso muchas veces el candidato trae por sí mismo esos asuntos, pero otras los introduce el acompañante de forma paulatina o bien explicitando una transición para suavizar el tránsito

temáticamente novedoso; pues no todo lo importante o significativo surge siempre espontáneamente.

¿Qué temas es necesario tratar? Los propios de todo acompañamiento espiritual, juvenil o adulto⁵, y los implicados en toda formación vocacional⁶. En cierto modo, los criterios de un examen o discernimiento vocacional (IVT 37b) serán temas válidos para los momentos iniciales. Pero el problema principal del acompañante no debería ser «de qué hablaremos en la próxima entrevista», sino «hacia dónde vamos con estas entrevistas» dentro de un «itinerario vocacional» (IVT 34a). Tener claros los fines de nuestros encuentros favorece el desarrollo y sucesión de los diferentes temas, las estrategias mejores y las técnicas que utilicemos. El acompañamiento vocacional busca siempre la voluntad de Dios sobre la persona acompañada, sin quedarse en el gusto del encuentro ni en la utilidad que para nuestras actividades puede tener el conversar con un cualificado colaborador.

Para evaluar si conseguimos estos fines podemos verificar el grado de «internalización»⁷: buscamos ayudar al acompañado a que haga suyos esos valores vocacionales; aceptándolos no sólo intelectual, sino afectivamente, llevándolos a realización práctica y dejándose transformar internamente por ellos. Ese es el fin de nuestro acompañamiento. Según esto, ¿son importantes los temas? Hemos ido comprobando que los contenidos hablados en los encuentros pueden ser relativamente poco significativos con tal de que, en verdad, ayudemos al candidato a recorrer su **proceso vocacional**⁸; los contenidos se articularán en cada momento según el proceso que estamos recorriendo.

Por ejemplo, no es tan importante aclarar la figura parcial que el candidato tiene de Dios (¡siempre será parcial!); sino que trabajaremos esa imagen según permita su asimilación del misterio. Y así podremos acentuar inicialmente una imagen de Jesús amigo cercano, libre de estructuras y de formas, con los rasgos contestatarios de quien proponemos como modelo de identificación juvenil. Quizá posteriormente recordaremos al Jesús profeta ético

que exige fidelidad, también a nuestro candidato, a un proyecto más objetivo. En otro momento la imagen del Padre misericordioso que acoge toda debilidad humana (Lc 15) será la más adecuada para nuestro acompañado, cuando se enfrente con su propia infidelidad; el cual podrá contemplar más adelante la figura del Jesús Buen Pastor que le invita a asociarse a El para cuidar de su pueblo... Y así parece que habría que hacer con otros temas.

EL IDEALISMO NECESARIO: EL AMOR PRIMERO

El diseño detallado de un proceso vocacional completo no parece ni recomendable ni posible, pero se pueden proponer algunas grandes etapas necesarias en todo proceso vocacional y recordar que nuestro candidato empieza por la primera⁹. ¿Cuáles serían rasgos importantes en esta etapa?

El comienzo del acompañamiento vocacional es muy probable que parta de un sujeto **existencialmente entusiasmado** con su vocación, pero en todo caso la tarea primera del acompañamiento sería la de fomentar esa ilusión inicial. Sin duda alguna, el idealismo es necesario en este momento del seguimiento, y sin él no parece posible empezar el difícil camino vocacional. En este idealismo hay algo de componente psíquico juvenil que se manifiesta en la capacidad existencial de afrontar el riesgo, en la desproporción entre las propias capacidades y el fin deseado. Pero esta ilusión no está necesariamente vinculada a una edad más adolescente: pues hay jóvenes creyentes a los que no hemos visto nunca así entusiasmados, y hemos visto vocaciones relativamente tardías en jóvenes adultos inteligentes y realistas que irradian el entusiasmo del que aquí hablamos. Por eso, «hay que propiciar los grandes sentimientos, donde la persona experimenta lo que le sobrepasa»; hay que recuperar el deseo, no sólo el deber, favoreciendo un entusiasmo propiamente religioso¹⁰.

Porque este entusiasmo tiene un componente antropológico, pero es fundamentalmente consolación espiritual. Algo así sucedió, según los profetas,

con el pueblo en el desierto, momento privilegiado del seguimiento puro del Israel enamorado (Jr 2,2; Os 2,17). Refleja también el idealismo del discípulo deslumbrado (Lc 5,8), que deja todo por seguir al Señor (Mc 1,18), que descubre la perla preciosa y por conseguirla vende todo (Mt 13,46), o se tira al agua al encuentro del resucitado (Jn 21). Textos que recuerdan esta fase y sirven de referencia identificativa válida para la oración del joven, que se siente admirado ante el Jesús admirable («¡todos te buscan!»; Mc 1,37; «¿qué tiene su palabra?» Lc 4,36).

¿Cómo favorecer esta experiencia espiritual? Ante todo, con la presentación de los rasgos de Jesús como persona atractiva. «hermoso» y cercano (VC 24, 64; IVT 17c, 36a). Con una pedagogía de presentación y ejercicio de valores los vocacionales. Algunas propuestas pueden ser las siguientes.

a. Silencio interior. Va encaminado a «educar para el misterio» (IVT35bd) experimentando el «desierto» (PDV 9). En todas las tradiciones espirituales el encuentro con el Absoluto y el totalmente Otro, aunque es gratuito, debe ser preparado por el creyente. Una cierta preparación «somática»¹¹ podría enseñar a sentir el propio cuerpo, saber centrar la atención, educar la imaginación dispersa, etc. El joven necesita hacerse dueño de su interior y su entorno, y eso requiere ciertas disciplinas.

b. Experiencias religiosas. Además de la oración más cotidiana, una Pascua juvenil, un retiro de grupo, la peregrinación a un encuentro internacional con el Papa, unos ejercicios espirituales personalizados. Con todo, lo importante no es el contenido de las diversas experiencias, sino su papel y función en el recorrido interno que hace el sujeto; no se trata de establecer un programa por ejemplo si los candidatos tienen que hacer o no unos ejercicios de ocho días, sino cómo procuramos que el acompañado se encuentren con Dios en una experiencia personal, fundante y decisiva para adelante.

c. Gestos externos y reales del acompañado de seguimiento, aunque el acompañante examine más las actitudes subjetivas que las motivaciones

objetivas, las disposiciones que las capacidades y realizaciones. Es proponer una respuesta a la vocación en gestos concretos, como la praxis de los consejos evangélicos (OFIR 13-15) o el ejercicio de la espiritualidad propia (FMP 65, 69s, 73s). «Educar... al compromiso, al significado del servicio gratuito, al valor del sacrificio, a la donación incondicionada de sí mismo» por ejemplo en un «voluntariado motivado evangélicamente» (PDV 40).

d. El ejercicio de roles apostólicos. Trabajar con y como las personas que encarnan la misma vocación permite tener modelos de identificación, facilitas cauces al desarrollo de la vocación, educa y purifica cuando se busca el bien de los demás (FMP 86, 123s; OT 9; PDV 58). Habrá que buscar los cauces adecuados para cada acompañado, pero siempre imaginando la forma de esa «nueva santidad» que requiere modelos nuevos de padres y madres, de profesores, sacerdotes y apóstoles (IVT 12b). Esta praxis de roles apostólicos, que puede ser ejercida ahora con cierta ambigüedad, no es todavía profundamente examinada por el acompañado en las ambivalencias de su pastoral. Se hará más tarde, pues hay un tiempo para cada cosa, y éste es más tiempo de nacer que de morir, de reír que de llorar (cf. Qo 3).

e. Una consecuencia previsible de este «idealismo necesario» es el cierto **fundamentalismo dogmático (no sólo moral o práctico) que se puede o suele desarrollar a los inicios y que no tendría que asustar al acompañado. El candidato convencido y entusiasta desea pocas verdades y que éstas se puedan actuar; y cuanto más claras y sencillas, más fácilmente serán integrables en su nueva cosmovisión.**

DIFFICULTADES PREVISIBLES

Que deseemos o promovamos este inicio más bien entusiasmado («consolidado», en la terminología del discernimiento) no quiere decir que ignoremos las dificultades previsible en esta primera fase. ¿Cuáles suelen ser las

más frecuentes? Para entenderlas ayudará mucho agruparlas en cuatro categorías conceptualmente diferentes: la ausencia de valores, la infidelidad a ellos, la falta de sujeto humano psíquico o natural y el engaño bajo capa de bien. Pero en el acompañamiento los problemas no se presentan de un modo sistemático, sino existencialmente entremezclados y solapados entre sí.

a. Dudas. Las confirmaciones son progresivas en la vocación (OFIR 42s; FMP 63) y las dudas son propiciadas por la «fuerte ambivalencia» humana y espiritual actual (PDV 9). La cuestión es qué tipo de duda tiene nuestro acompañado: si el titubeo propio del que inicia bien el camino; o la indecisión alimentada culturalmente del «hombre sin vocación» y sin ideales (IVT 11c) que se imposibilita para percibir la rotundidad de la llamada divina; o la del que es incapaz de optar por obsesividad intrapsíquica.

b. Valores. ¿Qué jerarquía de valores considera en su cabeza y utiliza en su vida? ¿Qué es lo primero, qué es lo principal para este chico o chica? ¿El prestigio social, o la utilidad del servicio? ¿La gratificación afectiva, o el amor que se entrega sin esperar nada a cambio? ¿Los propios criterios, o la convicción de que otros pueden tener más razón que uno, y que también Dios puede sorprendernos absolutamente?

La falta de catequesis actualmente presente puede hacernos topar con ignorancias notables, pero una falta de «criterios» sería subsanable con el tiempo mediante formación adecuada. Las ocasionales infidelidades reconocidas no parecen un grave problema para quien tiene una conciencia bien formada. Estas son más problemáticas cuando se justifican ideológicamente (es decir: defensivamente); o cuando no las puede controlar el sujeto porque escapan a su voluntad libre, por mecanismos latentes que en gran medida las determinan. Esta infidelidad inconsciente todavía no será objeto de trabajo en esta fase del acompañamiento, sino más adelante. En todo caso, el conocimiento y fidelidad a los compromisos básicos del bautismo parece necesario al inicio de un camino vocacional (OFIR 34; PDV 62; FMP 180, 185).

c. Engaños. A pesar de la pedagogía un poco «naïve» que aquí parece proponerse, sabemos por estudios empíricos y por experiencia que ya ahora se pueden empezar a formar falsos crecimientos y configuraciones vocacionales ambivalentes. Es el problema que nos encontraremos referido a la «función» que cualquiera de las actitudes espirituales que hemos fomentado pueden desempeñar. ¿Hay verdadera identidad espiritual en los gestos del candidato, o una mera identificación con un estilo de vida y con unas personas que resultan atractivas? ¿Hay verdadera internalización?

En otro lugar hemos afrontado el problema de este falso crecimiento vocacional¹². Pero el discernimiento no nos lleva ahora a una cerrada disyuntiva entre «verdadera o falsa vocación», sino al más esperanzado discernimiento entre una vocación «completa o todavía incompleta». Pues **toda** vocación verdadera tiene una fragilidad germinal; pero **toda** vocación tiene también una autenticidad desde su inicio. En esta fase descubrimos, discernimos y fomentamos esa autenticidad espiritual presente desde el principio: a partir de la siguiente fase trabajaremos más directamente la fragilidad humana latente y purificaremos así su probable ambivalencia. Lo que parece casi imposible es eliminar un polo de la ambigüedad (el engaño o motivación humana) sin tener antes fortalecido el otro polo (su autenticidad espiritual); una motivación insuficiente se cambia por otra auténtica.

d. La inmadurez psíquica. Es una problemática que afecta a un porcentaje pequeño, pero constante, de la población vocacional; según los criterios clínicos utilizados y las muestras estudiadas, entre un 8% y un 15%. Hay que distinguir una inmadurez vinculada a la edad y recuperable en un proceso ordinario de desarrollo, compatible con un seguimiento vocacional; una crisis puntual y coyunturalmente explicable; o una desorganización psíquica más establemente consolidada (aunque haya grados diferentes), que conviene resolver previamente a la adquisición de compromisos vocacionales duraderos.

A veces no es fácil detectar esta última a simple vista, sobre todo cuando los síntomas no son muy llamativos; pero otras veces la accentuación de algunos rasgos da señales de aviso con suficiente antelación. El desorden

psíquico puede percibirse también en un uso notable de mecanismos de defensa más primitivos, o por la «estable inestabilidad» de quien no consigue mantener los buenos propósitos y tiene recurrentes crisis (ego-disónicas o no). Un diagnóstico propiamente dicho suele requerir un examen más ajustado, por lo que la opinión de algún perito con quien hable el candidato (o el acompañante) puede iluminar mucho la hipótesis de desorganización psíquica.

UNA PEDAGOGIA ESPIRITUAL Y HUMANA AL MISMO TIEMPO

En el curso de nuestro acompañamiento va quedando claro que, aunque fomentamos la dimensión espiritual, no podemos ignorar el sujeto humano y la base antropológica de la formación vocacional (PDV 43s; FMP 48 ss; OFR 33s, 42s). En el acompañamiento no todo se aborda desde el principio, pero todo se tiene en cuenta. ¿Qué aspectos debemos considerar en esta fase?¹³

a. Conocer al candidato acompañado. El inicio del acompañamiento empieza por una o varias entrevistas de valoración vocacional¹⁴. Si ese examen lo ha hecho otra persona, se deben comunicar los resultados con cierto detalle al acompañante; si el examen no está hecho, es tarea del acompañante hacerlo, sin que baste el acompañamiento mismo ni la observación directa. El examen inicial y el seguimiento posterior ayudan a conocer al sujeto que se acompaña, incluidas hipótesis sobre sus motivaciones latentes más centrales, la ambivalencia de su vocación, sus necesidades subconscientes. Pero la lucidez del acompañante se muestra en que ahora todavía no problematiza al sujeto más allá de lo necesario, ni le vuelve hipercrítico consigo mismo y con su vocación, desconfiado de sí hasta el punto de inmovilizarlo.

b. Educar su voluntad. Nuestro conocimiento del sujeto nos interesa para, supuesta la vocación de partida, procurar que se ejercite en servicio del

Reino y del desarrollo de su vocación. La vocación inicial polariza las energías psíquicas en una dirección distinta de las que antes eran centrales, y el candidato tiene que aprender a vivir de un modo nuevo. De esta manera la respuesta a aquella inicial vocación ilusionada va tomando forma y concreción, la nueva identidad se va afirmando; y eso en situaciones cotidianas y pequeñas, como señales de un cambio que no ha hecho más que empezar. Así va también ejercitando una libertad grata al joven, que se autoafirma más sólidamente en su decisión primera, y se conoce y acepta mejor a la luz en su nueva identidad.

c. Ayudarle a conocerse (IVT 35 ac), lo que es propiciado también internamente por su nuevo modo de vivir. ¿En qué cosas? Parece útil conocerse en lo problemático, pero también en lo positivo de sus rasgos: descubrirle energía donde quizá sólo percibe rabia; o capacidad de servicio donde percibe más bien un activismo culpabilizante. Podemos repasar su historia a esta luz, incluidos los momentos dolorosos. Reconocer sus posibilidades, aquello de lo que es capaz; pues los jóvenes, en general, no se estiman mucho a sí mismos (a pesar del famoso narcisismo cultural). Esto no excluye conocer y aceptar algunos límites principales, pues hay cosas que uno no consigue: en lo físico, deportivo, intelectual, en su voluntad o carácter, en proyectos.

Conocerse en el propio mundo afectivo, ver su fuerza relativa en el conjunto del psiquismo, las formas de manifestarse; adquirir alguna capacidad de evaluación y gestión de ello. Evidentemente es materia de examen y acompañamiento el área de la sexualidad, sea más o menos problemática. Y el mundo de sus relaciones: cómo se arregla con la autoridad, con iguales, con inferiores, con personas del otro sexo; en grupo y en trato interpersonal. Se pueden trabajar algunas relaciones un poco más problemáticas, y siempre es útil trabajar la relación con la propia familia.

d. Exigencia y crecimiento. A medida que la vocación se consolida, una radical coherencia con ella es imposible («sed perfectos como vuestro Padre lo es», Mt 5,48); y en el camino estrecho que lleva a la vida (cf. Mt

7,14) parece que hay implicada una exigencia creciente. ¿Cuánto hay que exigir?⁴⁰

El contexto objetivo previo a la institución vocacional probablemente no será muy exigente con nuestros acompañados, aunque en ocasiones se pueden encontrar exigencia laboral, expectativas sobre el candidato, problemas económicos o médicos, etc. Más fácilmente la encuentra el joven dentro de la institución, por la vida estructurada que le piden, un horario común, ciertas normas de disciplina, el marco de relaciones. En todo caso parece pedagógicamente conveniente que el acompañado experimente cierta presión, aunque proporcionada a su edad y situación, como elemento pedagógico del acompañamiento vocacional; presión que el joven no siempre entiende (ni todos los acompañantes valoran). Pero habría que buscar un paralelo actual y modos nuevos a la antigua exigencia de «perfección».

Pues «la exigencia de la formación no acaba nunca» (VC 65), y esa cierta presión del que acompaña, de figuras colaboradoras, o del marco social, es necesaria para el crecimiento vocacional. Porque proporciona identidad en la respuesta conseguida; forma la voluntad del sujeto; recuerda el nivel alto de un ideal que no es estrictamente alcanzable; y, en definitiva, porque favorece en grado alto el paso a la fase siguiente, donde la culpa religiosa es más central y se debe elaborar adecuadamente.

CONCLUIR

Cuando el acompañamiento se acerca a una interrupción larga (por el fin del curso académico, un cambio de domicilio, final de etapa formativa, etc.) puede ser de mucha utilidad preparar ese momento, dedicando alguna sesión a resumen y balance; y también para una despedida explícita de dos personas que han tenido una serie de encuentros también cargados afectivamente; pero ayudará acentuar la importancia de la autonomía futura en el acompañado.

La última tarea como acompañante no es siempre la más fácil: dejar en manos de otros esta labor a la que nos habíamos entregado de corazón (pues

el buen pastoralista se ha encariñado con el acompañado). El interés por seguir acompañando al candidato más allá de la frontera natural (de la etapa específica encomendada a cada uno) puede obedecer algunas veces a razones muy fundadas, y cabe por ello una colaboración con la institución vocacional siguiente. Pero ordinariamente no será lo más conveniente, y pudiera ser incluso perjudicial, además de que puede estar motivado por apegos inconscientes (a la persona acompañada o al rol): lo que sería una afeción desordenada, aunque fuera sustentada en racionalizaciones poderosas.

Pero cuando el acompañante deje el acompañamiento, habrá cumplido su tarea. Crear en el Dios que suscita y lleva las vocaciones, y confiar en la Iglesia que las acoge y acompaña mediante otras mediaciones. Se siente así como Juan Bautista, quien no se hace dueño del mensaje ni de los discípulos, sino que señala claramente al que había anunciado, desapareciendo ante el que tiene que crecer (Jn 1,36; 3,28ss). Y experimenta la verdad de aquellas misteriosas palabras de Jesús: «hay más gozo en dar que en recibir».

SIGLAS

- FMP «*La formación para el ministerio presbiteral*». Plan de formación sacerdotal para los Seminarios Mayores, de la Conferencia Episcopal Española (30 de mayo de 1996).
- IVT «*In verbo tuo. Nuevas vocaciones para una nueva Europa*». Documento final del Congreso Europeo sobre las vocaciones [5-10 de mayo de 1997] (6 de enero de 1998).
- OFR «*Orientaciones sobre la formación en los Institutos Religiosos*», de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica (2 de febrero de 1990).
- OT «*Optatum Totius*». Decreto sobre la formación sacerdotal, del Concilio Vaticano II (28 de octubre de 1965).
- PDV «*Pastores Dabo Vobis*». Exhortación apostólica postsinodal sobre la

formación de los sacerdotes, de Juan Pablo II (25 de marzo de 1992)

VC «*Vita Consecrata*». Exhortación apostólica postsinodal sobre la vida consagrada, de Juan Pablo II (25 de marzo de 1996).

NOTAS

¹ Aparte de lo citado en las notas siguientes, habría que considerar al menos: *Diccionario Teológico de la Vida Consagrada*, Madrid (Publ. Claretianas), 1989, voces «Postulante» y «Noviciado»; GARRIDO, J., *Educación y personalización*, Madrid (Publ. Claretianas), 1990; GORDANI, B., *Encuentro de ayuda espiritual*, Madrid (Atenas), 1985; IMODA, F. (Ed.), *Acompañamiento vocacional para adolescentes*, Madrid (Atenas), 1996; MARTINEZ BELTRAN, J.M., *El educador y su función orientadora*, Madrid (San Pío X), 1980; MENDIZABAL, L.M., *Dirección espiritual*, Madrid (BAC), 1982; PAGANI, S., *Acompañar espiritualmente a los jóvenes*, Madrid (San Pablo), 1998; SASTRE, J., *El discernimiento vocacional*, Madrid (San Pablo) 1996; URBIETA, J.R., *Acompañamiento de los jóvenes*, Madrid (PPC), 1996.

² Es «la ayuda que un cristiano aporta a otro a fin de volverlo atento al Dios que le habla personalmente, apto a responderle, capaz de crecer en la intimidad con él y de asumir las consecuencias de esta relación. Este tipo de relación se centra sobre la experiencia, no sobre las ideas, y particularmente sobre la experiencia espiritual»: W.A. BARRY; W.J. CONNOLLY, *La pratique de la direction spirituelle*, 1982, Paris, p. 24.

³ Ver por ejemplo, M. ORTA, *Diálogo pastoral con adolescentes*, Madrid (PPC), 1988, pp. 173-178.

⁴ Carta de Ignacio de Loyola a los enviados a Irlanda (P. Broet y A. Salmerón), de sept. 1541: *Obras Completas*, Madrid (BAC), 1990, 5ª ed, p. 753.

⁵ Además de las obras ya citadas, ver SASTRE, J., *Acompañamiento espiritual*, Madrid (San Pablo), 1993, pp. 115-155.

⁶ Los documentos de la Iglesia y los diversos planes de formación vocacional señalan cuatro o cinco áreas de formación para las vocaciones de seminaristas y religiosos: formación humana, espiritual, intelectual o académica, pastoral o apostólica y comunitaria (OFR 34S; PDV 43-59; FPM 85ss; VC 65-68). Corresponden a los cuatro itinerarios que objetivizará la vocación auténtica (según IVT 27-28): oración y liturgia, comunión eclesial, servicio de caridad y testimonio-annuncio del evangelio.

⁷ RULLA, L.M., *Antropología de la vocación cristiana. I*, Madrid (Atenas), 1990, p. 322ss.

⁸ Se habla frecuentemente del carácter de «proceso» que tiene tanto la maduración humana de los candidatos jóvenes (VC 65; FMP 70, 179) como su maduración vocacional (IVT 26c); y por lo tanto el mismo discernimiento vocacional (OFR 33; FMP 172, 224-230; cf. OT 6) y el trabajo del acompañante (IVT 32ss).

⁹ La presentación de estas etapas en GARCÍA DOMÍNGUEZ, L. M., «Proceso y contenidos del acompañamiento vocacional», *Todos Uno*, 111, 1992, pp. 45-64.

